

Reflexiones sobre el partido

**León Trotsky
19 de marzo de 1923**

(Versión al castellano desde “Idées sur le Parti”, en *Bulletin Communiste, Organe du Parti Communiste (SFIC)*, 4º año, nº 50, páginas 901-906. Según entradilla del *Bulletin* “Este estudio de León Trotsky fue escrito para *Pravda* con motivo del 25 aniversario del Partido Comunista Ruso (Bolchevique)...”)

¡Cómo de rápido han pasado estos 25 años! Y, sin embargo, un cuarto de siglo es ya un intervalo de tiempo bastante largo... Los iniciadores del 1er congreso del partido, hasta donde sé, dudaban en invitar a nuestra organización de Nikolayevsky: nos veían demasiado jóvenes. Pero la cuestión se resolvió por sí misma: en enero de 1897 la organización de Nikolayevsky fue dispersada y la mayoría de sus miembros arrestados. El congreso estaba convocado para el mes de marzo, pero nos enteramos de la reunión en mayo, en la prisión de Odesa: las noticias se transmitían de célula a célula. 25 años han pasado desde entonces, 25 años de guerras, revoluciones y levantamientos sin par en la historia de la humanidad. ¡1897! Parece que fuera ayer. Y, sin embargo, ¡cómo de difícil es abarcar estos cinco lustros, más ricos en hechos y enseñanzas que los milenios que les precedieron! ¿No será mejor pensar, reflexionar sobre el futuro?

Nuestro primer pensamiento se dirige a la juventud ya que es el futuro. La generación dirigente del partido encarna la inestimable experiencia de los 25 años transcurridos; nuestra juventud revolucionaria es la base ardiente de la erupción de octubre. Los viejos militantes no verán la finalización de la revolución europea y, con mucha mayor razón, de la revolución mundial. Por tanto debemos prestar la más seria atención a la formación del relevo llamado a completar nuestra obra.

En Europa, la joven generación proletaria despertada por la revolución de octubre continúa viviendo en el marco del régimen capitalista. El ejemplo revolucionario de Rusia, y el yugo formidable del imperialismo, le confieren el temple revolucionario que tanto faltaba en la época de la guerra imperialista.

Nuestra juventud se desarrolla bajo condiciones muy diferentes a las que presidieron nuestra formación. Ha surgido y crecido en la atmósfera de una revolución victoriosa que no han logrado ni lograrán abatir. Para ella, la revolución no es ya un objetivo, sino la misma vida diaria. ¿No corre algunos peligros bajo este estado de cosas? Con su realización, la revolución parece haber perdido su aureola; se ha desmenuzado en una suerte de tareas particulares: hay que reparar los puentes, ofrecerle a la gente una educación elemental, bajar el precio de venta del calzado de las fábricas soviéticas, combatir la suciedad, descubrir a los ladrones, instalar la electricidad en las aldeas, etc. Algunos intelectuales vagos, con el cerebro obtuso y que se adornan con el título de poetas o filósofos, hablan ya de la revolución con una desdeñosa condescendencia, dicen: “He ahí que aprenden a comerciar y a coser botones”. Pero dejemos a las cabezas vacías divagar en el vacío. Planteemos nosotros mismos la cuestión de una forma crítica. ¿No hay que temer, en efecto, que, reducida a las “pequeñas tareas”, sin perspectivas revolucionarias, sin horizontes políticos amplios,

nuestra juventud adquiera una mentalidad de trabajador mal pagado, que se paralice de alguna forma y que un día nos demos cuenta de que no hablamos la misma lengua? El peligro no puede negarse por completo. Pero los factores que lo engendran están contrarrestados por otros, no menos poderosos, y en primer lugar por la situación internacional de nuestro país y, en consecuencia, de nuestro partido. Hemos pasado de la gran tarea, la conquista del poder, a las “pequeñas”, no bruscamente, sino a través de una larga guerra civil, no para siempre, sino por un período limitado, que llamamos tregua. Entre otras, la prueba es el hecho mismo de la existencia del Ejército Rojo. No estamos solos en la Tierra. Solo somos la extrema izquierda de un inmenso frente que pasa por las cinco partes del mundo. Estos últimos años hemos vencido aplastantemente, puesto fuera de combate por mucho tiempo, a los destacamentos enemigos que se nos han enfrentado directamente. Pero la lucha continúa encarnizadamente en el mundo entero. En cada momento puede desatarse sobre nuestro territorio esa lucha o, por nuestra propia seguridad, nuestra ayuda directa puede ser necesaria en otros sectores. La educación de nuestra juventud debe pivotar sobre la comprensión de este carácter internacional de nuestras tareas. En Rusia atravesamos un período de pequeñas tareas, pero quedan todavía tareas revolucionarias mundiales que cumplir, y el Ejército Rojo está ahí para recordárnoslo. Por ello, la actitud de la juventud hacia este último refleja en resumen su actitud hacia la revolución, combate heroico. Ayer se manifestó a favor de la Flota Roja, mañana lo hará a favor de la aviación. La tendencia a la desmovilización es una tendencia derrotista. Bajo nuestras actuales condiciones de vida, la educación revolucionaria práctica que ofrecía la acción clandestina, escuela de sacrificio y fraternidad combativa, puede reemplazarse en primer lugar con el Ejército Rojo.

Por ello, repetimos, es preciso que nuestra juventud sienta y comprenda a fondo el estrecho lazo de nuestro trabajo interno con la lucha de la clase obrera mundial. No lo lograremos más que acercando a nosotros al movimiento obrero internacional. ¿Cómo? Mediante la organización de una información seria, racional y concienzuda. Es preciso que nuestra juventud avanzada siga atentamente el movimiento revolucionario, que conozca sus fuerzas y debilidades, sus dificultades y errores, sus éxitos y reveses, sus organizaciones y jefes, a través de diarios, revistas y conferencias. Gracias a la prisión, a la deportación y a la emigración, la vieja guardia de nuestro partido tenía sus conocimientos internacionales, los vivía, por decirlo así. En ello radicaba su fuerza y ello le permite ahora ejercer el papel dirigente en la Internacional Comunista. La joven generación no necesita ni la prisión ni la emigración para educarse. Su formación puede y debe realizarla sistemáticamente el partido y el estado. Ante todo, nuestra prensa debe aprender a ofrecer una información metódica, vivaz, que siga la lucha de la clase obrera en el mundo entero. ¡Basta de informaciones episódicas, aisladas, incoherentes y vacías! Es preciso que el lector pueda deducir lógicamente el día de hoy del movimiento obrero del día de ayer. Es necesario un servicio de corresponsales extranjeros bien organizado. Hay que seguir con atención la prensa europea y ofrecer extractos de ella, No se trata de enseñar, de exhortar, de recomendar: son demasiadas cosas y eso fatiga; las consignas, los llamamientos, los dicterios, los carteles, y todo ello sin descanso, corren el riesgo de dejar de emocionar a la juventud. Le son necesarias informaciones bien escogidas y presentadas bajo una perspectiva justa. Hay que ofrecerle los elementos y métodos que le permitan orientarse por sí misma en la marcha de la revolución mundial. Igual que el militar mueve las banderas sobre su mapa y pesa las posibilidades de éxito de las

batallas que se libran lejos de él, también nuestra juventud debe aprender a mover ella misma sobre el mapa político del mundo las banderas del frente de clase, a apreciar las fuerzas, medios y métodos de lucha y a controlar a los jefes. No hay medio educativo más poderoso contra el dejarse llevar por lo cotidiano, por la influencia disgregadora de la Nep y todos los otros peligros.

Pero el trabajo cultural y económico diario, e incluso la venta al detalle en los almacenes soviéticos, no son en absoluto “pequeñas cosas”, y no engendran necesariamente una mentalidad mezquina. En la vida del individuo hay frecuentemente demasiadas “pequeñas cosas” y pocas grandes. Pero en la historia no hay grandes cosas sin pequeñas. Hablando más exactamente: en las grandes épocas, las pequeñas tareas, en tanto que parte constituyente de una gran tarea, dejan por eso mismo de ser pequeñas. Tras la destrucción de *Narodnaya Volia*, los intelectuales rusos, deprimidos y descorazonados, intentaron adentrarse en la vía de las “pequeñas tareas” de carácter cultural y filantrópico. Así se formó el tipo de hombre de 1880, partidario de las comunas y vegetariano. Tras el aplastamiento de la revolución de 1905, el menchevismo ruso renunció definitivamente al programa revolucionario a cuenta de las “necesidades cotidianas”, es decir a cuenta de las pequeñas tareas. Así se constituyó el tipo del “liquidador” impregnado de espíritu burgués y muy pronto llamado a transformar la patria. Durante el período que transcurre entre la guerra franco-alemana de 1871 y la carnicería imperialista de 1914, la burocracia socialdemócrata y sindical se hundió cada vez más en la acción cotidiana reformista y renunció prácticamente a la lucha revolucionaria contra el capitalismo, ante el cual se arrodilló. Así se formó el tipo del oportunista, del nacionalista. En todos estos casos se capituló política y moralmente ante el enemigo. Abierta o tácitamente, se le oponía a la gran tarea histórica las “pequeñas tareas” en las que se trabajaba aprovechando las grietas del régimen instaurado por la clase adversaria.

Es evidente que las necesidades cotidianas y las tareas particulares que reclaman ahora nuestra atención son de un orden completamente diferente. Se trata de la obra de construcción de la clase obrera que, por primera vez, construye para sí misma y según su plan. Aunque muy imperfecto y poco coordinado todavía, ese plan debe estar imbuido por la unidad de un gran pensamiento creador que presida en todos sus detalles su ejecución. La mezquindad de los reformistas no consiste en su deseo de reformas parciales, sino en el hecho de encerrar esas reformas en el marco restringido impuesto por la voluntad del enemigo. Si nuestras reformas soviéticas tienen límites estrechos, estos son los límites de nuestro poder o de nuestra debilidad económica. De nuestra aplicación y perseverancia depende ampliarlos. Todas nuestras tareas particulares (incluyendo la venta al por menor en los almacenes soviéticos) entran en el plan de relanzamiento económico y cultural cuya realización persigue la clase obrera dominante. El más heroico combate de barricadas está hecho, él mismo, de fastidiosos detalles: hay que llevar postes, volcar carretas, tender alambre, etc. Pero la mezquindad de esos trabajos desaparece ante el entusiasmo de los combatientes que saben que luchan por un gran objetivo político. El sentimiento de que todos sus esfuerzos están concentrados hacia un objetivo único arranca al hombre de la rutina, de lo ordinario, lo eleva por encima de los problemas cotidianos, le da a su vida un sentido superior porque participa conscientemente en la obra común.

La construcción socialista es una construcción metódica de gran envergadura. Y, a pesar de los fallos y errores inevitables, a través de los zigzags de la Nep, el partido prosigue la realización de su plan, forma a la juventud en el espíritu de ese plan, le enseña a cada uno a unir su tareas particular con la tarea general que hoy en día exige saber coser un botón y mañana morir con coraje bajo la bandera del comunismo.

Es necesario que la técnica soviética se eleve al nivel de la política revolucionaria. El cerrajero, el tejedor, el obrero, el ingeniero, deben convertirse en engranajes conscientes del plan económico. Darle una formación técnica a la juventud, no es solamente especializarla, sino prepararla para participar en la edificación del socialismo, en el esfuerzo revolucionario metódico. La Rusia de los sóviets ofrece un inmenso campo a la aplicación de la técnica. Y, con una organización racional, los jóvenes proletarios estudiarán agronomía, termodinámica o electrotécnica con el mismo entusiasmo que nuestra generación aprendía a organizar huelgas, círculos e imprentas clandestinas. La especialización es necesaria, fecunda, saludable; es la premisa indispensable de todo éxito. Pero en el estado obrero no debe llevar a la desaparición de la personalidad, a arrinconar al individuo en un dominio rigurosamente limitado. Le ofreceremos una seria especialización a nuestra juventud (que así se verá libre del defecto fundamente de nuestra generación que pretendía la ciencia y el saber universal), pero esta especialización será puesta al servicio de un plan general, racional, entendido por todos. Nos hará falta en los años venideros formar a potentes cuadros de técnicos y sabios, elevar la técnica soviética a la altura del partido comunista.

Todo esto en cuanto al futuro. Pero en el momento actual la cuestión de la especialización técnica y de la pertenencia al partido es más compleja y reclama una solución inmediata.

Verdad es que antes de octubre los bolcheviques no eran únicamente hombres de partido: cumplían funciones, trabajaban en cualquier especialidad. Sin embargo, la diferencia con la época actual es inmensa. El estado mayor del partido se ocupaba entonces casi exclusivamente del trabajo político y contaba con un considerable número de “revolucionarios profesionales”. Además, los bolcheviques ocupados en las fábricas, en las oficinas o en otras partes, no le entregaban a su tarea profesional más que su tiempo y fuerzas físicas, pero no su alma. Su vida consciente y activa solo comenzaba tras el cumplimiento del trabajo que era su ganapán. Ahora los cuadros dirigentes del partido están compuestos casi enteramente por camaradas que ocupan en el estado puestos importantes que exigen normalmente una seria especialización. Lo mismo pasa con un considerable número de miembros que, sin pertenecer formalmente al estado mayor, constituyen, sin embargo, el núcleo esencial del partido. En las tareas administrativas, económicas, militares, diplomáticas y otras que les incumben, los comunista entregan ahora toda su alma, pues no se trata de un servicio dirigido sino de la obra de construcción socialista; se especializan cada vez más, cada día aumenta su amor hacia su especialidad, y así debe ser ya que sin la especialización no se podrán obtener éxitos serios en esta empresa colosal que es la construcción de un nuevo estado y de una nueva economía. Pero el peligro que se depende de ello es grande: a fuerza de mirar fijamente los árboles uno puede llegar a no ver ya el bosque.

Hace ahora tres años, yo decía que habríamos progresado mucho cuando nuestros agrupamientos internos de tendencias y fracciones hubiesen dejado sitio a los agrupamientos de electricistas, de agrónomos, de especialistas de todo tipo. Ahora todavía es cierto mi pensamiento. Pero el retraso de la revolución mundial implica el enlentecimiento de nuestro desarrollo económico. En consecuencia, las cuestiones políticas (relaciones entre los obreros y los campesinos, el partido y las masas) tendrán todavía durante mucho tiempo una importancia decisiva para nosotros, y si, desmigajado y absorbido por las tareas técnicas, el partido pierde la facultad de orientarse rápidamente en estas cuestiones y de adaptarse a la situación, el peligro sería

muy grande. Buscar la forma de evitarlo volviendo a los métodos primitivos de solución de todas las cuestiones estatales por el mismo partido, tanteando, sería evidentemente “quijotismo” reaccionario. De esa forma solo agotaríamos al partido, obligándolo a ejecutar únicamente con sus manos un trabajo para el que ya tenemos instrumentos. Solo se protegerá al partido contra el deslizamiento hacia el funcionarismo mediante la aplicación de una serie de métodos susceptibles de reforzarlo, cimentarlo fuertemente, ampliar su base, mejorar los “instrumentos” soviéticos y enseñarle a servirse mejor de ellos.

En primer lugar hay que aumentar el número de obreros del partido. Nuestra industria es ahora más estable que durante los primeros años de la revolución y, confiamos en ello, lo será cada vez más. El reclutamiento de los miembros del partido en las fábricas puede y debe revestir un carácter metódico e individual. Nos es preciso conquistar cada obrero que merezca entrar en nuestras filas. Tenemos que unir a nosotros a toda la juventud. Esta es la tarea esencial. La especialización de las capas dirigentes correrá tanto menor peligro de burocratización, de momificación de nuestro partido, cuanto más abundantes sean las fuentes obreras que lo alimentan.

De inmediato, conviene elevar el nivel político y teórico del partido. El principal medio para lograrlo será mejorar su prensa, que tendrá que informar mejor, interesar más a los lectores, y que tendremos que desembarazar a cualquier coste de los informes confusos de funcionarios y proclamaciones monótonas que, lejos de instruir o despertar las energías, solo fatigan la atención sin resultado alguno. Pero esta es una cuestión que exige ser tratada especialmente y de una forma concreta.

Por fin, uno de los medios más importantes, y que hay que aplicar sin demora, es el refuerzo y mejora del control del partido sobre su trabajo personal y sobre el de la administración. El burocratismo, el funcionarismo, tienen una extraordinaria fuerza de infiltración, una influencia insensible pero disgregadora en el más alto grado. Nuestro partido lo sabe mejor que sus críticos. No cierra los ojos ante esas tendencias; las combate consciente, metódica e implacablemente, no solamente con su acción general, sino con sus órganos especiales de control adaptados a las formas del trabajo actual del partido y del aparato soviético. Todo miembro del partido que se ha “especializado” en su institución hasta el punto de haber perdido toda relación moral con su partido no tiene nada que hacer en él. Puede ser un trabajador útil en la administración, pero en lo tocante a determinar la política general del partido no debe tener arte ni parte. Hay que frenar a tiempo a los comunistas que están deslizándose por esa pendiente. Esta es una tarea extremadamente importante que no podría cumplir automáticamente la acción del aparato soviético. Nuestro partido, como tal, está muy sólidamente organizado. Pero cuando sus miembros entran en el aparato soviético se ven sometidos a otras condiciones, mantienen entre ellos otras relaciones, forman parte de otra jerarquía. Entre el organismo del partido y el organismo soviético existe una interpenetración muy complicada, pero insuficientemente organizada por parte del partido. De ahí la necesidad de un órgano de control especial, cuya tarea consistiría en asegurar la realización de la línea comunista en el trabajo del partido como en el del aparato soviético, que sería un órgano autorizado, flexible, animado por el espíritu de fraternidad pero implacable cuando fuese necesario. Esta cuestión, todos lo recordarán, forma el tema principal de los dos últimos artículos de Lenin.

Ya dijo Goethe hace mucho tiempo que es necesario reconquistar sin cesar las antiguas verdades. Ello se aplica tanto a los individuos como también a los partidos y clases. Nuestro partido debe reconquistar, es decir, revisar y verificar con la experiencia su programa nacional.

La política interior e internacional de nuestro partido está determinada por dos factores fundamentales: el movimiento revolucionario de clase del proletariado de occidente y el movimiento revolucionario nacional de oriente. Ya hemos dicho cuánto importa enlazar en gran medida la educación de nuestra juventud y de nuestro partido con el desarrollo del movimiento proletario en el mundo entero. La comprensión de la cuestión nacional *no tiene menor importancia* para la orientación y educación de nuestro partido. Puede que esta afirmación sea de tal naturaleza que provoque la incomprensión: en efecto, en occidente se trata de la lucha del proletariado por el poder, y en oriente de la liberación de los pueblos campesinos del yugo extranjero. Evidentemente, estos dos movimientos se relacionan con estadios diferentes de la evolución social, pero, históricamente, se confunden y están dirigidos contra un solo y mismo poderoso enemigo, el imperialismo. Y si ignoramos la enorme importancia del factor nacional, su extraordinaria fuerza, nos arriesgaremos a comprometer la suerte del movimiento revolucionario para muchos años, si no para siempre.¹

La experiencia de nuestra revolución nos ha enseñado la importancia de las relaciones entre el proletariado y el campesinado, relaciones que deben corresponderse con las fuerzas de esas clases y con el desarrollo del movimiento revolucionario en el mundo entero. Por ello hablamos ahora en cada oportunidad (y algunas veces sin venir a cuento, hay que confesarlo) del “vínculo” entre la ciudad y el campo, sin embargo, nos hemos asimilado en buena medida el fondo de la cuestión. Nuestro gobierno se llama, no sin motivos, gobierno obrero y campesino. Si el triunfo de nuestra revolución depende de la colaboración racional del proletariado y el campesinado, el de la revolución mundial dependen en primer lugar de la colaboración del proletariado de Europa Occidental con el movimiento revolucionario nacional de los campesinos de oriente. Rusia forma la soldadura entre el occidente proletario y el oriente campesino, para los que representa al mismo tiempo un vasto campo de experiencia.

En la misma Rusia la cuestión de las relaciones entre el proletariado y el campesinado reviste un aspecto diferente según las regiones. Así, en la Gran Rusia esas relaciones únicamente tienen un carácter de clase, lo que simplifica la tarea y facilita la solución a la cuestión. Es diferente en lo tocante a las relaciones del proletariado gran ruso, que ejerce el primer papel en nuestra Unión Soviética, y respecto al campesinado de Azerbaiyán, Turquestán, Georgia o Ucrania. En esas regiones, anteriormente oprimidas, todas las cuestiones sociales, económicas, administrativas y culturales se deforman en el prisma nacional. Los malentendidos entre el proletariado y el campesinado, e incluso entre las diferentes categorías del proletariado, revisten allí inevitablemente un carácter nacional. Lo que en Moscú o en Petrogrado no deja de ser un simple conflicto práctico entre las autoridades centrales y locales, la ciudad y el campo, el textil y la metalurgia, en Georgia, Azerbaiyán e incluso Ucrania puede devenir fácilmente un conflicto entre la tendencia “dominadora” de Moscú y las aspiraciones de las pequeñas naciones. A veces pasa esto: más a menudo uno se imagina que es así. Nuestra tarea consiste en evitar los conflictos reales e incluso cualquier apariencia de conflicto. Este es un problema muy importante que hemos de resolver a

¹ En occidente también la cuestión nacional jugará un papel considerable en la revolución, principalmente en lo concerniente a Polonia, Rumania, los Balcanes y el resto de la Europa Central. Pero nosotros solo tratamos aquí la cuestión en sus grandes líneas.

cualquier precio: por la vía constitucional, administrativa y, en primer lugar, por el partido.

¿Cuál es en general el peligro de una política errónea de cara al campesinado? Separar a este último del proletariado y empujarlo hacia la burguesía. Pero ese peligro se hace mucho más grande cuando se trata de las masas rurales y del proletariado joven y poco numeroso de las *pequeñas naciones atrasadas, oprimidas anteriormente por el zarismo*. El elemento nacional es también un factor importante que, en numerosas ocasiones como ha demostrado la historia, ha servido para cimentar poderosamente a las clases adversarias. Los mencheviques georgianos, los partidarios de Petliura en Ucrania, los *..chanks*² armenios, los musavatistas de Azerbaiyán³, etc..., no podrán nada contra nosotros si sabemos prestar una seria atención a las necesidades de los pueblos de los que ellos explotan las vejaciones y humillaciones; por el contrario, si no entendemos la inmensa importancia que tiene para nosotros ganarnos la confianza de las naciones anteriormente oprimidas, las reivindicaciones de las masas trabajadoras de esos países, sus más mínimos motivos de descontento, revestirán un carácter de oposición *nacional* y la ideología nacionalista creará, o más bien reconstituirá, entre la burguesía y los trabajadores una alianza formidable dirigida contra la revolución.

Gracias a la dictadura de la clase obrera es posible por primera vez en la historia resolver justamente la cuestión nacional. En efecto, elástico y firme al mismo tiempo, el marco estatal del régimen soviético ofrece toda la libertad para expresarse a las tendencias centrípetas de la revolución y permite la satisfacción completa de las necesidades de la economía socialista. Pero nos engañaríamos si creyésemos haber resuelto ya la cuestión nacional. Esta ilusión (de la que nuestro mismo partido no está completamente libre) es a menudo la marca de un nacionalismo latente que, sin ser agresivo, sin embargo tampoco le gusta ser molestado. No se resolverá la cuestión nacional más que asegurando a todos los pueblos la posibilidad completa de comunicación con la cultura mundial en la lengua que cada uno de ellos considere como la suya propia. Ello supone un desarrollo material e intelectual del que estamos todavía lejos y del que no podemos acercar el fin artificialmente. Pero lo que sí podemos hacer es mostrar y probar, mediante la acción de nuestro aparato estatal, a todas las pequeñas naciones atrasadas, oprimidas anteriormente por el zarismo, que si sus necesidades no son satisfechas hay que buscar el motivo en las condiciones objetivas, las mismas para toda la SSSR, y no en nuestra indiferencia o nuestra parcialidad. Conquistar la confianza de las naciones débiles es para nuestro partido una tarea de primera importancia.

La guerra civil les dejó claras a las masas de la Unión de Repúblicas Soviéticas nuestras intenciones. Jamás esa guerra ha resultado manchada por nuestra parte por el nacionalismo o el "imperialismo". Esencialmente tuvo un carácter revolucionario de clases, y así se desarrolló en todo el territorio e incluso a veces más allá de los límites del antiguo imperio zarista. Se extendió a diferentes agrupamientos nacionales y golpeó duramente a determinadas partes de nuestra Unión Soviética. Llevada adelante para la salvación de la revolución, sus leyes prevalecían sobre el resto. Se destruían los puentes sin preocupación por el daño que de ello resultase para la vida económica. Los estados mayores y los agrupamientos ocupaban las escuelas, de las que tenían que salir maestros y alumnos. La guerra no podía dejar de golpear terriblemente a la civilización y, en particular, a la vida nacional. Además, llegó a ocurrir que, a causa de la ignorancia de los soldados, de la falta de energía de los comisarios políticos, no se tuviera en cuenta el

² El *Bulletin* anota a pie de página: "mencheviques de Armenia". La reproducción del *Bulletin* está en estas líneas un poco recortada y no se distingue completamente la palabra, de ahí los puntos. NdE.

³ Los mencheviques de Azerbaiyán.

sentimiento nacional e, incluso, que se lo ultrajase. Pero se trataba de casos aislados. La guerra civil, cimentando con la sangre la alianza de los trabajadores de todas las nacionalidades contra sus opresores, era esencialmente una colaboración de los ciudadanos de las nacionalidades débiles y atrasadas y de los ciudadanos de la nación anteriormente dominante sobre la base de la igualdad en *el disfrute de todos los bienes materiales e inmateriales que puede y debe asegurar la pertenencia a la Unión de Repúblicas Soviéticas*. El descontento nacional se ha desarrollado durante siglos entre las naciones oprimidas. Y es imposible ponerle fin únicamente mediante una declaración sincera, incluso erigida en ley. Es preciso que los pequeños pueblos sientan que se ha producido un cambio radical en la nación anteriormente “dominante”, y que todos los ataques de sus miembros a los principios de igualdad práctica y moral, a la fraternidad nacional efectiva, son castigados por la clase dirigente como actos de sabotaje y traición. Ahora que entramos en un período de trabajo económico y cultural metódico, las pequeñas naciones seguirán con particular atención las repercusiones sobre ellas de las medidas económicas, políticas jurídicas y otras del poder soviético, es decir la actitud de nuestro partido en esas cuestiones.

Cierto, nuestros adversarios buscan y buscarán la forma de pescar en río revuelto. Así, en su furiosa campaña internacional sobre la cuestión georgiana, la socialdemocracia presenta la expulsión de los mencheviques como el aplastamiento de la nación georgiana. Hemos demostrado de forma irrefutable que la depuración de Georgia de la clientela menchevique del imperialismo era una cuestión de vida o muerte para nuestra revolución. No hay ninguna duda de que la revolución proletaria, por sus objetivos y resultados, coincide enteramente con los intereses de los pequeños pueblos oprimidos. Pero, en su desarrollo, puede lesionar y lesiona efectivamente los intereses y sentimientos nacionales. Es incontestable que la penetración en Georgia del Ejército Rojo, llamado por los insurgentes georgianos, no solamente es interpretada por los charlatanes del menchevismo internacional como una manifestación de la política de “conquista” del poder soviético, sino que podía ser y ha sido en realidad entendida así por determinada parte de los campesinos e incluso obreros georgianos. No es suficiente con probar, hechos en la mano, que los mencheviques le abrían conscientemente al imperialismo mundial las vías más peligrosas para la revolución, pues la parte más atrasada de los trabajadores georgianos, imbuida entonces por la desconfianza hacia el Ejército Rojo, es precisamente incapaz de entender la conexión revolucionaria de los acontecimientos a escala internacional. La única política conveniente en la ocasión será la que mostrará prácticamente al campesino georgiano que sus intereses culturales, sus sentimientos nacionales, su amor propio nacional tan a menudo herido, ahora están satisfechos en la medida en que lo permiten las condiciones objetivas.

Es muy posible que todavía seamos testigos de un crecimiento de la susceptibilidad e incluso de la desconfianza nacional entre los pueblos anteriormente oprimidos, que le exigen ahora a la revolución, con derecho, que los defienda contra cualquier desigualdad en el dominio de las relaciones nacionales. Puede que las tendencias nacionalistas penetren o se refuercen incluso entre los comunistas de las pequeñas naciones. Pero esos fenómenos no tienen normalmente más que un carácter sintomático. Igual que el anarquismo en los medios obreros es normalmente indicio y resultado del oportunismo de los dirigentes de las organizaciones obreras, también el nacionalismo de los comunistas de los pequeños pueblos denota que las tendencias dominadoras todavía no han desaparecido por completo del aparato estatal e incluso del partido dirigente.

El peligro es mucho mayor teniendo en cuenta que la joven generación del partido todavía no ha tenido que vérselas con la cuestión nacional. En la Rusia zarista

esta cuestión se planteaba constantemente ante nuestro partido, que la utilizaba ampliamente en su agitación y le consagraba un lugar importante en su teoría. Así, el aprendizaje de los “viejos” sobre este punto ya está hecho (aunque puedan caer también en errores al respecto). En cuanto a nuestra juventud, ha nacido en un país en el que no existe opresión nacional. Se ha familiarizado con las cuestiones de la defensa militar de la república; aborda ahora las cuestiones de la economía. La cuestión nacional no está casi presente en ella. Por ello a veces le parece que ya la ha resuelto, como por ejemplo la de la religión, y que la tarea sobre este punto está acabada.

Los elementos más revolucionarios, los más proletarios de las mismas pequeñas naciones atrasadas, manifiestan a menudo una insuficiente comprensión de la cuestión nacional. Jóvenes revolucionarios ardientes y sinceros, cuya adhesión al partido comunista ruso ha ampliado considerablemente sus horizontes, se ven llevados a veces, sin embargo, a considerar la cuestión nacional en su país no como un problema a resolver, sino como un obstáculo a superar. La lucha contra el nacionalismo, sea cual sea su fuente, es una tarea importante de los elementos revolucionarios avanzados. Pero debe ser esencialmente una propaganda paciente y no debe apoyarse en el desconocimiento, sino en la satisfacción de las necesidades nacionales.

Para satisfacer su indiferencia hacia la cuestión nacional, determinados camaradas alegan a veces que es esta una “concesión” temporal, del género de nuestro programa agrario o de la Nep. Esta comparación puede ser aceptada condicionalmente. Evidentemente, sería más fácil edificar el socialismo si no hubiese necesidad de “concesiones” nacionales, es decir si anteriormente no hubiese habido opresión nacional y si ahora no hubiesen diferencias de lengua y cultura entre las diversas naciones de nuestro país. Igualmente nuestra tarea sería más cómoda si no tuviésemos decenas de millones de campesinos que remolcar. También sería mejor para la revolución proletaria que Asia fuese una arena de lucha de clases como Europa. Pero esta forma de plantear la cuestión está completamente desprovista de realismo. En el fondo, la indiferencia o desdén hacia la cuestión nacional denota frecuentemente una concepción racionalista abstracta de la historia. Ahora bien, el realismo revolucionario de nuestro partido consiste en tomar los hechos tal y como son y en combinarlos prácticamente en interés de la revolución.

Si en vísperas de octubre no hubiésemos tenido en cuenta a la masa rural, lejos de acercarnos con ello al socialismo no hubiéramos alcanzado, inclusive, ni el poder soviético. Solo en los años posteriores a la revolución de octubre se dio cuenta nuestro partido completamente de la importancia del campesinado: los “viejos” entendieron entonces prácticamente lo que sabían anteriormente de forma teórica, y la juventud que, de golpe, tropezó prácticamente con la cuestión, se la asimila ahora teóricamente. *En la cuestión nacional el partido necesita, incontestablemente, un curso de capacitación, y la juventud uno elemental.* Ese curso hay que realizarlo sin tardanza y siguiendo un programa muy claro, pues desconocer la cuestión nacional es arriesgarse a hundirse.

La atención a las necesidades de las nacionalidades no significa, evidentemente, que haya que cultivar el separatismo económico, provechoso tal vez para la burocracia local pero no para las masas populares. Está claro que la centralización de la administración de los ferrocarriles en la Unión de Repúblicas Soviéticas no excluye, en absoluto, el empleo de la lengua de cada país en su sector de la red ferroviaria. Y en la apreciación de las reivindicaciones y programas de autonomía, conviene distinguir netamente entre las pretensiones locales, puramente burocráticas, de las esferas administrativas superiores (a veces extremadamente llevadas a rusificar a la población local y, al mismo tiempo, a hacerse independientes de la autoridad central) y los intereses verdaderos, vitales, de las masas populares.

La autonomía más amplia en el dominio de la cultura nacional es en principio perfectamente compatible con la centralización económica, en la medida en que esta última viene impuesta por condiciones naturales o por necesidades de producción. Pero el acuerdo de la centralización económica con la descentralización cultural es, en la práctica, un problema extremadamente complejo, cuya solución exige prudencia, reflexión y tacto. Es natural que las naciones que anteriormente sufrieron la opresión y que todavía llevan su marca, estén inclinadas a defender su autonomía en los dominios que, desde el punto de vista administrativo o económico, ganarían con la centralización. En esos casos, hay que comenzar demostrándoles a las capas dirigentes de las naciones débiles o atrasadas las ventajas de la centralización a fin de que esas capas ayuden a las masas a entender que esa centralización no es el resultado de la arbitrariedad de la autoridad superior, sino una medida de interés general que se aplica con el consentimiento de las partes interesadas. En política, sobre todo en política nacional, el racionalismo no debería ser de rigor.

Dos palabras para acabar. Recientemente he oído a un viejo comunista declarar que el hecho de acordar importancia a la cuestión nacional en la revolución no es, ni más ni menos, que menchevismo, liberalismo. ¡He ahí lo que es volver las cosas y las concepciones del revés! Mientras que el menchevismo está en la oposición, alimenta las aspiraciones de las minorías nacionales y distribuye con profusión las promesas democráticas sin osar jamás plantear claramente la cuestión, es decir llamar a los oprimidos a la insurrección; pero, desde el mismo momento en que la “unidad nacional” está en peligro o que ese menchevismo está en el poder, se vuelca a conciencia en la misión que le ha confiado la burguesía y continúa la política de centralización y opresión de esta última desenmascarando al nacionalismo... de los pueblos oprimidos. El bolchevismo, que manteniéndose fiel al principio de clase ha entendido la inmensa importancia revolucionaria del factor nacional, ha demostrado con ello su clarividencia, su perspicacia.

19 de marzo de 1923

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es